

La hospitalidad como una expresión de la misericordia cristiana

Ryszard Hajduk, CSsR,
Facultad de Teología “San Pablo”, Cochabamba,
reich-hart@wp.pl

Introducción

Casi todos los días en los medios de comunicación se publican las informaciones sobre los refugiados y los migrantes. Especialmente de los países de África y del Medio Oriente, acosados por el terrorismo, desgarrados por la guerra y atrasados económicamente; cientos de miles de personas se dirigen al norte, en busca de refugio y mejores condiciones de existencia. Para llegar a “la tierra prometida”; dejan todas sus posesiones y toman un largo y arduo camino hacia lo desconocido, corriendo el riesgo de pérdida de vidas. La respuesta a la presencia de inmigrantes, quienes están en busca de asilo y la seguridad económica, es la hospitalidad, que debe reflejarse tanto en las actividades de las instituciones sociales así como en la actitud de los individuos.

Además, para la Iglesia –y está por demás de sus miembros–, el fenómeno de la migración es un serio desafío. Su tarea es, de hecho, contribuir a la construcción de un mundo mejor, proclamando la misericordia de Dios a toda la gente y servir a los necesitados, los pobres, los extranjeros y los recién llegados. Desde los inicios del cristianismo, los creyentes conceden gran importancia a la provisión de la hospitalidad, que es una virtud de todo el pueblo de Dios y una de las maneras de practicar la misericordia¹. Gracias a la hospitalidad, el amor deja de ser una

¹ Cf. Lucien RICHARD, *Living the Hospitality of God*, Paulist Press, Mahwah 2000, 35.

palabra abstracta, y toma la forma de una acción concreta que sirve al bien del hombre (cf. MV 6).

Para que en los tiempos modernos la hospitalidad no esté tratada exclusivamente como una manifestación de la cuestión general del humanitarismo o un problema de la eficiencia de la organización de las instituciones sociales, los cristianos tienen que involucrarse en el cuidado de los refugiados y los migrantes. La apertura de los cristianos hacia los forasteros es “la práctica” de la verdad del Evangelio y contribuye a la realización de la caridad cristiana. La hospitalidad practicada por los cristianos es la imitación de la misericordia de Dios, la forma de su testimonio de fe y herramienta de comunicación del amor del Padre celestial, preocupado por el destino de los que están en necesidad y sufren a causa de la miseria y la pobreza.

1. La llamada de los cristianos a practicar la caridad

Los cristianos creen en un Dios que es amor, y esto se expresa en la caridad. La misericordia de Dios es una forma de la manifestación de su amor por el pueblo. “En efecto, es ésta la dimensión indispensable del amor, es como su segundo nombre y a la vez el modo específico de su revelación y actuación respecto a la realidad del mal presente en el mundo que afecta al hombre y lo asedia, que se insinúa asimismo en su corazón y puede hacerle «perecer en la gehenna» (Mt 10,28)” (DiM 7).

En la Biblia, el término “misericordia” se refiere a la compasión, la cordialidad o bondad, así como al proporcionar la consolación y ayuda². La ternura y la sensibilidad divina

² Cf. Sebastian SCHMIDT, „Die Begriffe Caritas – Barmherzigkeit – Diakonie in der Frühen Neuzeit”, en Michaela COLLINET, *Caritas – Barmherzigkeit – Diakonie. Studien zu Begriffen und Konzepten des Helfens in der Geschichte des Christentums vom Neuen Testament bis ins späte 20. Jahrhundert*, LIT, Berlin 2014, 97; Thomas SÖDING, „Barmherzigkeit – Gottes Gabe und Aufgabe. Neutestamentliche Orientierungen in einem zentralen Begriffsfeld”, en George AUGUSTIN, *Barmherzigkeit leben. Eine Neuentdeckung der christlichen Berufung*, Herder, Freiburg i. B. 2016, 20.

y humana no son una expresión de sentimentalismo, porque llevan a la preocupación por los pobres, los sufrientes y los desesperados. En su misericordia, Dios les ofrece una participación en su plenitud de la vida, teniendo en cuenta todas las necesidades humanas (cf. DiM 14)³. En la misericordia de Dios se muestra su bondad y su fidelidad a los que rodea con su cuidado paterno.

La misericordia de Dios va más allá de las expectativas humanas de la justicia que se basa en el principio de reciprocidad. La misericordia no excluye la justicia, sino que le abre a la gracia para que sea capaz de encontrar su expresión en misericordia. Dios, en su generosidad, no responde al hombre con el mal por el mal cometido por él. Él permite al hombre convencerse de que su vida no tenga que atornillar la espiral del mal mediante la búsqueda de venganza⁴.

La plenitud de la misericordia de Dios se revela en Jesucristo. A la luz del Evangelio cada encuentro con Él se relaciona con la experiencia de la misericordia. Esta experiencia lleva a las personas al arrepentimiento y cambio de vida. Dios ofrece su misericordia al hombre para darle un sentido para que pueda vivir y actuar como Él desea. Jesús no vino al mundo para alabarnos y llenarnos de orgullo, sino para redimernos, sanar y llamar a la práctica del bien⁵.

La experiencia del amor de Dios mueve a la persona humana a practicar la misericordia hacia los próximos. Dios es misericordioso y actúa misericordiosamente, compadeciéndose de su pueblo, y por esta razón la misericordia debe prevalecer

³ Cf. Antonio SALAS, *Jesús ¿Hombre violento?*, Biblia y Fe, Madrid 1991, 37; Thomas SÖDING, „Barmherzigkeit – Gottes Gabe und Aufgabe”, *op. cit.*, 22.

⁴ Cf. Juan M. URIARTE, *Esperanza, misericordia, fidelidad*, PPC, Madrid 1996, 93; Thomas SÖDING, „Barmherzigkeit – Gottes Gabe und Aufgabe”, *op. cit.*, 23.

⁵ Cf. George AUGUSTIN, „Thematische Hinführung”, en George AUGUSTIN, *Barmherzigkeit leben*, *op. cit.*, 14.

también en las relaciones humanas. Quien ha recibido la misericordia, tiene que transmitirla a los otros. Los hombres sólo pueden ser misericordiosos porque Dios les ha mostrado su misericordia (cf. LF 64)⁶.

En el Antiguo Testamento, la misericordia es un atributo de Dios y se plantea en primer lugar (cf. Ex 34,6). Jesús también revela al Padre celestial como Dios lleno de misericordia. Los seres humanos, creados a imagen y semejanza del Creador, son llamados a seguir la misericordia de Dios. Los que practican la misericordia, realizan su semejanza con Dios. Siendo misericordiosos como su Padre celestial, los cristianos muestran al mundo su filiación divina (cf. DiM 2)⁷.

La misericordia de Dios expresada en el rostro de Cristo, en sus palabras y obras, es para los discípulos de Jesús la fuerza motivadora de practicar la misericordia.

Es necesario constatar que Cristo, al revelar el amor-misericordia de Dios, *exigía* al mismo tiempo *a los hombres* que a su vez se dejasen guiar en su vida por el amor y la misericordia. Esta exigencia forma parte del núcleo mismo del mensaje mesiánico y constituye la esencia del *ethos* evangélico. El Maestro lo expresa bien sea a través del mandamiento definido por él como “el más grande”, bien en forma de bendición, cuando en el discurso de la montaña proclama: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (DiM 3).

⁶ Cf. Sebastian SCHMIDT, „Die Begriffe Caritas – Barmherzigkeit – Diakonie in der Frühen Neuzeit”, *op. cit.*, 84; Thomas SÖDING, „Barmherzigkeit – Gottes Gabe und Aufgabe”, *op. cit.*, 31.

⁷ Cf. Andreas MÜLLER, „«Caritas» im Neuen Testament und in der Alten Kirche”, en Michaela COLLINET, *Caritas – Barmherzigkeit – Diakonie*, *op. cit.*, 34; Daniel J. HARRINGTON, *The Church according to the New Testament. What the Wisdom and Witness of Early Christianity Teach Us Today*, Sheed & Ward, Lanham 2001, 140.

Jesús no sólo envía a los discípulos al mundo para vivir la misericordia y proclamarla con palabras y obras, sino él da el ejemplo de cómo llevar la misericordia a los demás, anunciando la Buena Nueva (cf. Lc 4,18)⁸. Él mismo es la encarnación de la misericordia divina, la cual se hace en Él “visible”.

La práctica de la caridad exige un “corazón que ve” (DCE 31b). El hombre motivado por la misericordia puede ver en la luz divina su propia miseria y la miseria de los demás. El sufrimiento extranjero, percibido e interiorizado, empuja al hombre a mostrar la compasión hacia aquellos que sufren la falta del amor⁹. El que generosamente ofrece a su prójimo la misericordia, al mismo tiempo “se siente contemporáneamente gratificado por el que recibe su don; viceversa, el que sabe recibir el don con la conciencia de que también él, acogiéndolo, hace el bien, sirve por su parte a la gran causa de la dignidad de la persona, y esto contribuye a unir a los hombres entre si de manera más profunda” (DiM 14).

“Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en lo más mínimo encontrar a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios” (DCE 15). El Hijo de Dios hecho hombre se identificó, de alguna manera, con los más pequeños y necesitados. El hombre, entonces, que ayuda a los pobres, adora a Dios. Las obras de misericordia son el sacrificio sin sangre que es más agradable a Dios que los sacrificios rituales ejecutados de conformidad con la ley (cf. Mt 25,34-45)¹⁰.

⁸ Cf. George AUGUSTIN, „Thematische Hinführung”, en George AUGUSTIN, *Barmherzigkeit leben*, op. cit., 12.

⁹ Cf. Jon SOBRINO, *El principio – misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Sal Térrea, Santander 1992, 33; Mónica CHÁVEZ AVIDA, *El sufrimiento a la luz de la misericordia*, Madrid 2003, 103

¹⁰ Cf. Andreas MÜLLER, „«Caritas» im Neuen Testament und in der Alten Kirche”, op. cit., 31.

Los discípulos de Cristo deben luchar por la salvación eterna, practicando la misericordia. La persona que hace misericordia a su vecino “se salva”. En el juicio final, la misericordia será un criterio del juzgar cómo un hombre ha servido a Dios. El juez y el juzgado estarán justo en frente de la misericordia. El juez mismo practica lo que es el criterio para la evaluación de la vida de las personas. Ellas se presentan dignas de pertenecer a la comunidad de los salvados, si han actuado en sus vidas según las mismas reglas como el Rey del universo que formula las sentencias¹¹.

En la vida de los creyentes en Cristo, la misericordia no es algo marginal. Es la virtud cristiana fundamental. Toda la vida de los seguidores de Cristo se basa en la acogida de la misericordia y la transmisión de ella aún más. Permite ver los aspectos más importantes del cristianismo en la propia perspectiva, porque la conversión sin misericordia sería simplemente un puro esfuerzo humano llevado a cabo para la renovación moral, y el camino a la salvación dirigiría solamente a través de la ejecución de obras. Pero un “deseo inagotable de brindar misericordia” es para la Iglesia el fundamento de su credibilidad (cf. EG 24; MV 10)¹².

2. La hospitalidad en la tradición cristiana

En la antigüedad cristiana la hospitalidad no era sólo el comportamiento de unas personas particulares que querían practicar las virtudes. De hecho, ella era uno de los aspectos oficiales de la vida cristiana en el cuidado de la jerarquía de la Iglesia. Los cristianos que llegaban a una comunidad de los creyentes en Cristo, encontraban las estructuras que apoyaban

¹¹ Cf. Jon SOBRINO, *El principio – misericordia*, op. cit., 38; George AUGUSTIN, „Thematische Hinführung”, en George AUGUSTIN, *Barmherzigkeit leben*, op. cit., 13.

¹² Cf. Juan M. URIART, *Esperanza, misericordia, fidelidad*, op. cit., 65.

la práctica de la hospitalidad. Esto era suficiente para que el cristiano peregrinante se presentara al obispo local para ser acogido cordial y alegremente (cf. 1 Tim 3,2). Mientras que los paganos consideraban la hospitalidad como una fuente de beneficios y en su práctica contaban con la reciprocidad, los cristianos ofrecían la bienvenida generosamente a todos sus necesitados hermanos en la fe, y por lo tanto, también a los que no eran capaces devolver sus beneficios¹³.

La carta a los Hebreos llama a los primeros cristianos a ejecutar la hospitalidad, porque “algunos hospedaron ángeles sin saberlo” (Heb 13,2). Esta expresión es una clara alusión a la acogida de Abraham ofrecida a los forasteros (cf. Gn 18,1n). El extranjero puede siempre revelarse como mensajero de Dios. Para los cristianos, de hecho, es obvio que la cordial bienvenida de los seguidores de Cristo significa la acogida del mismo Jesús, como Él mismo les dijo (cf. Mt 10,40; 25,35). Esto cambia la perspectiva de mirar a los recién llegados. En la práctica de la hospitalidad, el extraño que llega no es el más dotado, sino el anfitrión que lo recibe. Cada uno que practica la hospitalidad hacia los forasteros, se dirige a Cristo, incluso sin conocerlo. El anfitrión que actúa de esta manera, “realiza” la verdad de Dios, ya que su comportamiento se asemeja a Dios, que está siempre preocupado por el hombre y nunca rompe la relación con él; como Padre misericordioso y fiel no lo hace, aún cuando el hombre se aleje de Él. Recibir al huésped es para el dueño un privilegio especial y gracia porque la hospitalidad

¹³ Cf. Jean DANIELOU, „Pour une théologie de l'hospitalité”, en *La Vie Spirituelle* 11 (1951), 344; Otto HILTBRUNNER, Denys Gorce, Hans Wehr, „Gastfreundschaft”, en Theodor KAUSER, *Reallexikon für Antike und Christentum*, vol. VIII, Anton Hiersemann, Stuttgart 1969, 1110.

crea una oportunidad para fortalecer su relación personal con Jesús presente en el peregrino¹⁴.

La hospitalidad sirvió a la comunidad y era una expresión de deseo de comunión¹⁵. En ella se expresaba la solidaridad que unía las comunidades cristianas. La práctica de la hospitalidad condujo a la creación de la comunicación interpersonal, a través del cual la vida de Cristo podía penetrar en los corazones de los creyentes y sus relaciones mutuas. Los cristianos eran conscientes de que ellos no cumplen su deber plenamente si se limitaban a la bienvenida del forastero. No se trataba sólo de una forma de cuidar del huésped, sino de proporcionar de una manera concreta la hospitalidad a los cristianos que llegaban para hacerlos miembros de la comunidad y darles una participación en su vida¹⁶. La práctica de la hospitalidad era desde el principio un sello característico de la Iglesia de Cristo (cf. Rom 12,13), y la forma privilegiada de realizar el ideal del amor fraterno.

Para los bautizados, el resultado de optar por Cristo era la necesidad de abandonar su “patria”, es decir la comunidad de la oración sinagoga, el pueblo de Israel del Antiguo Testamento o la comunidad pagana y de confiarse en la bondad y ayuda de los hermanos y hermanas en la fe. Por lo tanto, los creyentes se animaban a que se adhiriesen a la hospitalidad, para proteger a los cristianos en su camino contra los contactos con los gentiles

¹⁴ Cf. Daniel J. HARRINGTON, *The Church according to the New Testament*, op. cit., 139; Francisc TORRALBA, „No olvidéis la hospitalidad” (Heb 13,2). *Una exploración teológica*, PPC, Madrid 2004, 134.

¹⁵ Cf. Guido PERATHONER, *Gastfreundschaft im Tourismus. Eine Tugendethik aus der Sicht des Gastgebers*, LIT, Münster 2000, 172.

¹⁶ Cf. Robert H. STEIN, „Entertain”, en Geoffrey W. BROMILEY, *The International Standard Bible Encyclopedia*, vol. II, Eerdmans, Grand Rapids 1982, 107; Gabriele BENTOGGIO, *Apertura e disponibilità l'accoglienza nell'epistolario Paolino*, PUG, Roma 1995, 319-320.

que podrían debilitar su fe y su voluntad de vivir según la moral cristiana. La hospitalidad podría ser rechazada sólo cuando aparecía el peligro de la comunión en la mesa con los demonios (cf. 1 Cor 10,14) o de la destrucción de los lazos fraternales por el consumo de una comida con los heréticos (cf. Jn 2,10)¹⁷.

El desarrollo del cristianismo establecido, para llevar a cabo la actividad misionera, dependía de la práctica de la hospitalidad¹⁸. Los hermanos peregrinantes contribuyeron al mantenimiento de los contactos entre las comunidades y al intercambio de las informaciones. En el cristianismo primitivo el misionero, cuya vocación era la de ir y predicar el Evangelio, era en realidad un huésped quien utilizaba la bondad de los que visitaba. De acuerdo con el mandato de Cristo, ellos eran los primeros destinatarios del mensaje de salvación (cf. Lc 10,5-9).

Sobre todo en la época de la persecución, la hospitalidad jugaba un papel importante en la vida de las comunidades cristianas. Era necesario entonces para rodear de cuidado especial a los hermanos, que eran transportados como prisioneros de un lugar a otro. La mutua concesión del refugio también contribuía a fortalecer la piedad y fortificar la disposición a dar testimonio de la fe de cara al sufrimiento. Por lo tanto, nada podía justificar la negligencia en la práctica de la hospitalidad: ni la propia atención (cf. Heb 13,1), ni la falta de respuesta al amor de parte de los demás (cf. 1 P 4,7-11)¹⁹.

¹⁷ Cf. Henri LESETRE, „Hospitalité”, en Fulcran VIGOUROUX, Dictionnaire de la Bible, vol. III/1, Letouzey et Ané, Paris 1912, 764; Engelbert NEUHÄUSLER, „Gastfreundschaft. In der Schrift”, en: Josef HÖFER, Karl RAHNER, Lexikon für Theologie und Kirche, vol. IV, Herder, Freiburg i. B. 1960, 527.

¹⁸ Cf. Hans-Jürgen BENEDICT, Barmherzigkeit und Diakonie. Von der rettenden Liebe zum gelingenden Leben, Kohlhammer, Stuttgart 2008, 64.

¹⁹ Cf. Guido PERATHONER, *Gastfreundschaft im Tourismus*, op. cit., 172.

Los primeros cristianos a menudo describían la hospitalidad como “humanitas”, que significaba “una manifestación pública de la humanidad”²⁰. Ellos consideraban su ejecución como la más grande de todas las buenas obras, a pesar de que era vista por ellos más bien como un signo de arrepentimiento y la expresión de la fe que una obra de misericordia. Los cristianos le atribuían – como a la caridad – la función expiatoria, en la creencia de que el amor que toma la forma de hospitalidad cubre una multitud de pecados (cf. 1 P 4,8-9)²¹. Acogiendo a los forasteros bajo su techo, no sólo les aseguraban comida y descanso, sino también demostraban por su actitud la belleza del cristianismo y creaban la oportunidad de transmitir la verdad de la obra salvadora del Hijo de Dios. De esta manera, permitían a los huéspedes experimentar la vida en un mundo que se transforma por la fuerza del Evangelio en el reino de Dios.

La hospitalidad era un signo de amor y solidaridad con los más necesitados. En las primeras comunidades, el cuidado por los huéspedes era una tarea especial de los diáconos responsables en la administración de los bienes de la Iglesia y los dones ofrecidos por los fieles. Desde el siglo IV, después de la persecución, los cristianos se empeñaban en la organización de los hospedajes para los forasteros (*xenodokia*) donde los creyentes podían practicar la virtud de la hospitalidad, dando a los peregrinantes un lugar libre para el descanso. Con la construcción de los monasterios, los hogares del cuidado por los ancianos, los enfermos y los pobres así como por los

²⁰ Celestino CORSATO, *I volti della carità nell'esperienza dei Padri*, Libreria Gregoriana, Padova 1997, 89.

²¹ Cf. Christopher M. HAYS, „By Almsgiving and Faith Sins Are Purged? The Theological Underpinnings of Early Christian Care for the Poor”, en Bruce W. LONGENECKER, Kelly D. LIEBENGOOD, *Engaging Economics. New Testament Scenarios and Early Christian Reception*, Eerdmans, Grand Rapids 2009, 270; Guido PERATHONER, *Gastfreundschaft im Tourismus*, op. cit., 170.

huérfanos y los peregrinos comenzaban a aparecerse como las partes de los complejos monásticos. San Basilio construía toda la ciudad antes que las puertas de Cesarea para ofrecer ayuda a los necesitados y la hospitalidad a los extranjeros²².

Todo indica que la obligación de proporcionar la hospitalidad en el cristianismo primitivo se limitaba a los hermanos en la fe, los cuales estaban en camino, o al menos se tenía que rodear a ellos con una preocupación especial. Con el tiempo, la hospitalidad se convirtió en una forma de cuidado por los pobres, los enfermos y destechados²³. Por eso se la ofrecía a cada persona en necesidad, independientemente de su condición social o punto de vista. La hospitalidad era entendida como una respuesta a la gracia que Dios da a la gente, rodeándola con su cuidado. Se debe dar la hospitalidad a cada hombre, ya que es llamado a la vida por Dios con amor y lleva en sí la imagen y similitud de su Creador (cf. DCE 15)²⁴.

Para los cristianos, la hospitalidad mostrada a los pobres y necesitados era una prueba de la autenticidad de su fe y la manera de mostrar al mundo lo atrayente de su religión²⁵. La misericordia practicada por ellos llamaba la atención incluso de los paganos que estaban luchando contra el cristianismo, por ejemplo Celso y Juliano Apóstata (cf. DCE 22)²⁶. En los círculos

²² Cf. Jean DANIELOU, «Pour une théologie de l'hospitalité», *op. cit.*, 344-346; Alfons AUER, „Gastfreundschaft. Als christliche Tugend”, en Josef HÖFER, Karl RAHNER, *Lexikon für Theologie und Kirche*, *op. cit.*, 527.

²³ Cf. Ulrike RIEMER, „Der fremde Bruder. Philoxenie im Neuen Testament”, en Ulrike RIEMER, Peter RIEMER, *Xenophobie – Philoxenie. Vom Umgang mit Fremden in der Antike*, Steiner, Stuttgart 2005, 258; Guido PERATHONER, *Gastfreundschaft im Tourismus*, *op. cit.*, 177.

²⁴ Cf. Otto HILTBRUNNER, Denys GORCE, Hans WEHR, „Gastfreundschaft”, *op. cit.*, 1110–1111.

²⁵ Cf. Daniel J. HARRINGTON, *The Church according to the New Testament*, *op. cit.*, 140.

²⁶ Cf. Francesc TORRALBA, “No olvidéis la hospitalidad” (*Heb 13,2*), *op. cit.*, 158.

paganos dominaba la convicción de que la ética del amor del prójimo, ubicada principalmente en mostrar hospitalidad y caridad a las personas que pertenecen a todas las clases sociales, había contribuido decisivamente a la rápida propagación del Evangelio en el mundo antiguo²⁷.

La tarea de las comunidades cristianas era –por el hecho mismo de su existencia– irradiar en el entorno la luz de la verdad de Cristo. Por tanto, es comprensible que los primeros cristianos tuvieran cuidado tanto por la pureza de su fe así como por su práctica correspondiente con la enseñanza del Evangelio. Por eso la idea era proporcionar la hospitalidad con prudencia. Las comunidades se protegían contra los heréticos y los que abusaban de la hospitalidad –los hombres de desocupación voluntaria y ladrones–, poniendo exigencias concretas a los forasteros y huéspedes. Para evitar cualquier abuso en el uso de la hospitalidad, los cristianos ponían en práctica la regla según la cual los hermanos capaces de trabajar no tenían que estar mantenidos por la comunidad más que tres días desde su llegada²⁸. Los primeros discípulos de Cristo no daban la comida a las personas que estaban en éxtasis. Ellos respetaban el principio de dar limosna sólo a aquellos que estaban en una situación existencial difícil. Los peregrinantes podían recibir sólo pan para el camino y no dinero²⁹. La necesidad de cumplir todas estas reglas podría resultar en el rechazo de la hospitalidad. Su práctica, sin estar expuestos a abusos por parte de los

²⁷ Cf. Franz-Xaver KAUFMANN, *Kirchenkrise. Wie überlebt das Christentum?*, Herder, Freiburg i. B. 2011, 34.

²⁸ Cf. Celestino CORSATO, *I volti della carità nell'esperienza dei Padri*, *op. cit.*, 90-91.

²⁹ Cf. Robert M. GRANT, *Cristianesimo primitivo e società*, Paideia, Brescia 1987, 149-150; Robert H. STEIN, „Entertain”, *op. cit.*, 106.

extranjeros, era garantizada por las cartas de recomendación con las cuales los cristianos pasaban de una comunidad a otra³⁰.

Esta presentación de los principios de la práctica de la hospitalidad en la tradición de la antigüedad cristiana muestra que los requisitos se referían no sólo al dueño de la casa, sino a los huéspedes. Se puede ver el cuidado de los bienes espirituales, que no deben ser depreciados en la práctica de la hospitalidad: la unión fraternal entre hermanos en la fe en la Iglesia de Cristo, la preservación de los arcanos para no dar acceso a la participación en las celebraciones cristianas a los paganos e infieles, la justicia en la disposición de los bienes materiales, la apertura a las personas que en realidad necesitan apoyo, y sobre todo, el valor más grande: la salvación realizada por la profesión de la fe auténtica.

3. La comunicación de la misericordia a través de la hospitalidad

La misericordia es un regalo de Dios que, aceptado por la gente, da forma a su comportamiento. Gracias a esta experiencia, la virtud de la hospitalidad practicada en la antigüedad pagana y cultura judía se fortalece en la vida de los creyentes en Cristo³¹. Al ofrecer la hospitalidad a los extranjeros, el cristiano responde a la llamada de Dios en la práctica de la misericordia. La hospitalidad es la imitación de Dios, que discierne las necesidades de la gente y le ayuda. Es también una forma de la liturgia, entendida como el culto de Dios que consiste en la vida según su voluntad. Recibir a los invitados y rodearlos de

³⁰ Cf. E. Glenn HINSON, *The Evangelization of the Roman Empire. Identity and Adaptability*, Mercer University Press, Macon 1981, 53.

³¹ Cf. Franciszek MICKIEWICZ, „Biblijne podstawy cnoty gościnności”, en *Communio* 3 (2000), 61-72; Jan K. PYTEL, *Gościnność w Biblii. Studium źródłowo-porównawcze*, Księgarnia Świętego Wojciecha, Poznań 1990, 47-61.

cuidados, por lo tanto, se convierte en un camino que conduce a la salvación del hombre.

La misericordia expresada en la hospitalidad es un testimonio de la vida cristiana; es un primer medio de la evangelización (cf. EN 41). Este testimonio está dado por todos los miembros de la Iglesia de manera individual y comunitaria. Los creyentes comunican el Evangelio a la gente por la misericordia, cuya fuente es el amor de Dios. La vida de los seguidores de Cristo se convierte así en un medio de la transmisión del Evangelio. La hospitalidad es una virtud al servicio de la comunicación de la misericordia de Dios. Esto significa que en última instancia no se trata de cualquier acto singular, sino de la vida como una gran obra – la actividad permanente, el estilo de existencia cotidiana, la forma típica del comportamiento en las situaciones concretas de vida³².

La misericordia es el corazón de la evangelización, proclamada como su contenido central, y practicada en la vida es la principal vía de transmisión de la Buena Nueva. En este caso se trata de la ortopraxis, es decir del testimonio de la vida, el cual no puede oponerse a la ortodoxia, es decir a la fiel permanencia en la verdad del Evangelio y – en la consecuencia – a su transmisión verbal. En el cristianismo, un papel importante juega tanto la ortopraxis así como la ortodoxia, las cuales no pueden estar separadas (cf. CT 22). Sin embargo, no se puede reducir el cristianismo a la colección de dogmas que absorben el intelecto, porque la verdad de Dios siempre exige una actuación existencial. La verdad cristiana se realiza cuando toma la forma de un acto nacido del amor³³. Por lo tanto, la obra de

³² Cf. Alfons NOSSOL, „Chrześcijańska proegzystencja – istnienie i życie dla innych”, en *Collectanea Theologica* 2 (1979), 13.

³³ Cf. Hermann STENGER, *Verwirklichung des Lebens aus der Kraft des Glaubens*, Herder, Freiburg i. B. 1989, 91.

evangelización no puede prescindir de la ortopraxis compatible con la ortodoxia, que da a la actividad de los cristianos una dirección justa que corresponde con la enseñanza de la Escritura y la Tradición viva de la Iglesia.

La hospitalidad es una de las formas de la ortopraxis que responde a las necesidades de la gente de hoy, que busca la experiencia de la fe más que las informaciones religiosas³⁴. El mensaje del Evangelio puede sólo, de hecho, tener sentido propio y encontrar su camino en el corazón del hombre si la fe se convierte en obra, y puede tornarse el sujeto de la experiencia de vida de los fieles en estilo cristiano³⁵. La credibilidad del mensaje del Evangelio exige encarnación constante de palabras en el mundo humano. Es posible a través del testimonio de los fieles que viven en comunión entre sí y crean una comunidad abierta a los desorientados y forasteros. A medida que el lenguaje y la experiencia están estrechamente vinculados entre sí, es necesario que en la obra de evangelización exista armonía entre el mensaje proclamado y la práctica existencial – como en la vida de Jesús, que no sólo predicaba el mensaje del amor con palabras, sino lo presentaba a la gente por su actitud llena de la misericordia y por su amor hasta el extremo en la cruz (cf. Jn 13,1)³⁶.

La misericordia actualizada en la hospitalidad lleva a los cristianos a establecer relaciones directas con sus prójimos. La práctica de la misericordia puede ser entendida como una forma de la preparación del ambiente para la transmisión directa del

³⁴ Cf. Heribert WAHL, „«Glaubenlernen» im Horizont von Pastoraltheologie und Pastoralpsychologie. Lösungs- oder Beschwörungsformel?“, en *Münchener Theologische Zeitschrift* 1 (1998), 86.

³⁵ Cf. Hubert WINDISCH, *Sprechen heißt lieben. Eine praktisch-theologische Theorie des seelsorglichen Gesprächs*, Echter, Würzburg 1989, 138-139.

³⁶ Cf. Rolf ZERFASS, *Menschliche Seelsorge. Für eine Spiritualität von Priestern und Laien im Gemeindedienst*, Herder, Freiburg i. B. 1986, 21.

mensaje cristiano. La Iglesia está, de hecho, siempre obligada a anunciar la Buena Noticia de la misericordia de Dios que está unida estrechamente a la llamada a la transformación de la realidad humana. La relación interpersonal que conecta el anfitrión y el huésped se convierte en un plano del anuncio del Evangelio que revela a Dios como Padre misericordioso, preocupado por el bienestar temporal y la vida eterna de sus criaturas. La aceptación generosa de los huéspedes da a los cristianos la oportunidad de justificar su actitud hablándoles de Dios que ama a cada ser humano y muestra su misericordia a aquellos que aún no la merecen, sino lo necesitan. Este tipo de comunicación de la verdad del Evangelio en el encuentro interpersonal no tiene nada en común con el adoctrinamiento o proselitismo, porque es inspirada por la generosidad del Dios misericordioso y sirve a revelar los motivos religiosos de la actitud de los seguidores de Cristo³⁷.

La hospitalidad cristiana ayuda al hombre a experimentar la misericordia divina que, permitiéndole mirar su vida de una manera nueva, estimula su transformación. Una atención sincera al hombre que está en el camino, le permite descubrir que él es un huésped en la tierra. La gente está peregrinando constantemente; su existencia tiene un final y su vida es un don. Para dar una forma adecuada a su vida y para lograr su objetivo, la persona humana tiene que estar pendiente de otros, creando con ellos la comunidad en camino. Esa comunidad es la Iglesia, que a través de la actividad de sus miembros, encarna la misericordia de Dios y cuenta la historia de sus obras salvíficas.

La hospitalidad cristiana siempre percibe a todo el hombre – su rostro, la situación concreta en la cual se encuentra, sus miedos, esperanzas y preocupaciones. Esta práctica de

³⁷ Cf. Klemens DEINZER, „Die Konvergenz von Freiheit und Wahrheit im «Mysterium der Gastfreundschaft»”, en *Geist und Leben* 6 (1996), 427.

la misericordia permite a los seguidores de Cristo ver el sufrimiento del prójimo y reconocer sus sentimientos y deseos. El forastero recibe la oportunidad de enfrentarse a su posición, aceptar el dolor de la estancia en el extranjero y transformarlo en la confianza para con el prójimo. La hospitalidad hace que el hombre abandone el estado de centrarse en sí mismo, y por medio de la compasión, se abra en la participación en el destino de la otra persona. La hospitalidad es una virtud clave porque ofrece a la gente la posibilidad de realizar los fundamentales valores cristianos³⁸.

Para que la hospitalidad cristiana pueda ser una clara señal de la misericordia de Dios, debe convertirse en una “categoría de ser” de todos los bautizados³⁹. No es suficiente, por lo tanto, apoyar las actividades de las instituciones eclesíásticas, especializadas en la recepción de invitados. El punto es que la hospitalidad practicada por los seguidores de Cristo tenga un claro carácter personal. La restricción para cuidar el sistema de organización de la recepción de los forasteros conduce al desapego de la virtud de la hospitalidad de sus raíces cristianas⁴⁰.

La hospitalidad como una expresión de la misericordia de Dios, debe estar libre de cualquier instrumentalización, es decir, nunca puede ser utilizada con el fin de ejercer presión ideológica o comercial sobre los huéspedes. La apertura a los visitantes extranjeros es una clara alternativa a la manera común de acercarse a la gente en la sociedad moderna. No hay nada que mejor sirve al hombre que vive en la sociedad anónima y

³⁸ Cf. Benoît STANDAERT, *Spiritualità, arte de vivere. Alfabeto*, Vita e Pensiero, Milano 2007, 183.

³⁹ Cf. Kurt KOCH, *Kirche ohne Zukunft? Plädoyer für neue Wege der Glaubensvermittlung*, Herder, Freiburg i. B. 1993, 95.

⁴⁰ Cf. Gerardo T. FARELL, José A. GENTICO, Lucio GERA, Jorge A. MINGOTE, Justino M. O'FARRELL, Mateo PERDIA, Laura RENARD, *Comentario a la exhortación apostólica de Su Santidad Pablo VI Evangelii nuntiandi*, Patria Grande, Buenos Aires 1978, 100.

dominada por la economía que un lugar donde se puede respirar y dejar a un lado los medios de autodefensa. En este espacio, no se necesita “llevar” nada y se puede salir en cualquier momento, no temiendo que se pierda algunos beneficios. La misericordia practicada así es un punto de referencia para la crítica constructiva de las referencias interpersonales anónimas o puramente funcionales que están difundidas en el mundo. La hospitalidad ejercida por los cristianos da un impulso para iniciar un proceso de transformación de la conducta humana en la comunidad y, en consecuencia, para sanar las relaciones “tóxicas” que llenan la vida cotidiana de los hombres⁴¹.

Conclusión

La hospitalidad en el cristianismo es el fruto de la misericordia de Dios, la generosa respuesta de los creyentes a la misericordia del Padre celestial y una manera de comunicar su amor a los demás. Un anfitrión cristiano que imita a Dios va con afecto al invitado para mostrarle su preocupación y adorar al mismo Dios. La práctica de la hospitalidad está acompañada por el empeño personal del anfitrión que no sólo proporciona un refugio a los que llegan, sino que entra en una auténtica relación interpersonal con ellos. De esta manera, su actitud es un testimonio de la fe en Dios que es misericordioso y quiere ver a todas las personas “felices, colmadas de alegría y serenas” (MV 9).

Es importante que la hospitalidad no sea considerada como una intervención temporal, dirigida a satisfacer las necesidades materiales del ser humano. En su práctica en el espíritu cristiano, se trata no sólo de las necesidades temporales de los forasteros, sino también de su salvación eterna. Aunque el anfitrión no

⁴¹ Cf. Juan M. URIARTE, *Esperanza, misericordia, fidelidad*, op. cit., 83-85; Klemens DEINZER, „Die Konvergenz von Freiheit und Wahrheit im «Mysterium der Gastfreundschaft»”, op. cit., 428.

puede imponer nada a sus huéspedes, esto no significa que en su relación con los huéspedes no haya lugar para la verdad del Evangelio transmitido por las obras y palabras. A través de la misericordia, Dios pide al hombre mostrarla a otras personas, y por lo tanto, Él las llama a la fe en su amor redentor y al cambio de vida. Por eso, la hospitalidad lleva consigo la obligación no sólo al anfitrión, sino también al huésped.

La misericordia que se manifiesta al hombre en la hospitalidad le permite descubrir sus limitaciones y su pobreza. Frente a la generosidad y amabilidad por parte de los seguidores de Cristo, él reconoce que su vida depende de otros. Esta experiencia lo empuja a percibir de una manera nueva su existencia y la realidad que lo rodea, y su corazón se abre a la vida en la relación con Dios.